

ALBERTO SORIA EN LA NOVELA *ÍDOLOS ROTOS* DE MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Perdomo Valera, Luisana Coromoto*
Universidad de los Andes
Venezuela

Resumen

La literatura es el espacio dispuesto en toda plenitud al hombre en función de abordar nuevas formas de visualizarlo en el mundo y la existencia; un lugar donde la imaginación se libera; en ese estado de liberación le es realizable todo lo querido, soñado e imaginado, incluyendo sus terrores e incapacidades, por lo que el sujeto puede revivir los momentos más significativos y simbólicos de su vida, a su vez la novela *Ídolos Rotos* marca el regreso de Alberto Soria a su país (Venezuela) como instancia ideológica, tras cinco años de ausencia, Soria se muestra como un sujeto que tiene conciencia de sus raíces demostrando que nada ha cambiado y que las distintas culturas forman parte de su vida, sin embargo Alberto es un sujeto que padece en silencio, evoca a sus recuerdos, a su cultura como desarraigo de la inconformidad, de cierto modo pudiera decirse que es insensible pero es una máscara de desdoblamiento para ocultar sus emociones, y así de esta manera la semiótica estudia los mecanismos existenciales del sujeto y su contexto mediante el discurso narrativo, permitiendo así refigurar los recuerdos más significativos de su pasado al pensar en su patria: “no pensaba en realidad sino en la imagen que de ella se había formado durante su austera vida estudiantil, imagen hermosa y engrandecida más tarde por los recuerdos y la ausencia” (Díaz, p. 32), sin embargo es necesario indagar la vinculación existente dentro del discurso literario para establecer representaciones desde el sujeto y sus circunstancias existenciales.

Palabras clave: Sujeto, Cultura, Vida, Desarraigo, Recuerdos.

Abstract

Literature is the space disposed in all plenitude to man in terms of addressing new ways of visualizing it in the world and existence; a place where imagination is liberated; In that state of liberation everything that is wanted, dreamed and imagined is realizable, including its terrors and incapacities, so that the subject can relive the most significant and symbolic moments of his life, in turn the novel *Ídolos Rotos* marks the return of Alberto Soria to his country (Venezuela) as an ideological instance, after five years of absence, Soria is shown as a subject who is aware of his roots showing that nothing has changed and that different cultures are part of his life, however Alberto is a subject who suffers in silence, evokes his memories, his culture as a rootlessness of nonconformity, in a way could be said to be insensitive but is a mask of unfolding to hide his emotions, and thus semiotics studies the mechanisms of the subject and its context through the narrative discourse, thus allowing to refigure the most significant memories of his past when thinking about his patria: “I did not think in reality but in the image that had been formed during her austere student life, image beautified and enlarged later by memories and absence” (Díaz, p. 32), however it is necessary to investigate the link existing within the literary discourse to establish representations from the subject and his existential circumstances.

Keywords: Sujet, Culture, Vie, Déracinement, Souvenirs.

*Licenciada en Educación, mención Castellano y Literatura de la Universidad de Los Andes. Estudiante de la Maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Los Andes-Trujillo. E-mail: luisyperdomo@gmail.com

Finalizado: Trujillo, Junio-2018 / **Revisado:** Septiembre-2018 / **Aceptado:** Octubre-2018

Literatura es el espacio dispuesto en toda plenitud al hombre en función de abordar nuevas formas de visualizarlo en el mundo y la existencia; un lugar donde la imaginación se libera; en ese estado de liberación le es realizable todo lo querido, soñado e imaginado, incluyendo sus terrores e incapacidades por lo que el sujeto, puede revivir los momentos más significativos y simbólicos de su vida.

Ahora bien, el tema principal de la novela *Ídolos Rotos* del escritor Manuel Díaz Rodríguez es el regreso de Alberto Soria a su país (Venezuela) como instancia ideológica, tras cinco años de ausencia se muestra como un sujeto que tiene conciencia de sus raíces demostrando que nada ha cambiado y que las distintas culturas que ha observado son totalmente distintas, sin embargo (Toro 2011), afirma que: “La cultura como un todo dinámico se entrecruza para formar textos complejos, por ello las culturas se deben entender como sistemas comunicativos que se crean en base al sistema semiótico universal que es el lenguaje” (p. 9). Al mismo tiempo el texto es un espacio semiótico dentro del cual interactúa, interfiere y se combinan los lenguajes, es decir que se convierte en el punto de intersección entre el autor, el texto y el lector.

Por otra parte el reaccionar de Alberto Soria sucede de manera sorpresiva, experimenta distintas emociones y al mismo tiempo entra en estado de confusión, como si se tratara de un sueño: “De pronto se halló pensando en los últimos años de su vida como un sueño, cuya vaga y esplendorosa fantasmagoría estaba a punto de apagarse” (Díaz, 1999,p,7), pero con la ilusión del reencuentro, haciendo de lado su frustración por no heredar a su ciudad natal los ideales artísticos que había aprendido en el tercer mundo, no obstante Alberto Soria es un sujeto marcado por la incertidumbre, ésta gira a su alrededor haciéndole buscar dentro de él un lugar de calma, ese espacio donde solo él y nadie más podría desbordar fronteras,

sobrepasar sentidos y configurar movimientos claramente vinculados con las acciones simbólicas representadas en el texto:

Al despertar, el día siguiente de su llegada, en la casa paterna, recordó de nuevo los últimos años de su vida como se recuerda un sueño largo. Su ilusión, en ese instante, fue completa. El sol, penetrando a través de las rendijas de puertas y ventanas, caía sobre los objetos familiares colocados en los mismos sitios y de igual modo que cinco años atrás. Ya vestido, Soria abrió la puerta que comunicaba su alcoba con la salita en donde antes él y Pedro recibían a sus compañeros de estudio. Una ola de frescura y fragancia fue a su encuentro, como dándole los buenos días. En el centro de la sala, sobre una mesa redonda, había una cesta de cristal llena de rosas frescas. Y como el caminante que, abrumado de fatiga, calor y sed, sumerge los labios en un arroyo frío y transparente, así Alberto hundió su rostro en el manojo de rosas recién cogidas. Los pétalos de las rosas le hicieron cosquillas en la barba, la nariz y los labios; le mojaron la frente y las mejillas. Y Soria, en un grito de sorpresa infantil, exclamó casi ebrio: — ¡Cuántas rosas! ¡Cuántas rosas! (Díaz, 1999, p, 25.)

A diferencia de los espacios enunciativos, se permite identificar una relación entre la referencialidad de la identidad del sujeto que busca su propio Yo, se siente vacío al no poder expresar su arte como lo hacía en Europa, siente decepción por no cambiar su desarraigo sobre sus raíces, todo esto lo hace para ocultar la incertidumbre que lo abarca:

Mil emociones, a cual más intensa, le traían vibrando desde el alba: unas tristes, otras alegres, luchaban todas entre sí, pero sin alcanzar ninguna el predominio. De aquí cierta confusión, cierta perplejidad risueña, estado semejante al del éxtasis, o mejor al estado de alma de quien empieza a despertarse y duerme todavía, cuya conciencia en parte responde a los reclamos de la vida real, en parte se recoge, obstinada y feliz, bajo las últimas caricias de un sueño. (Díaz, 1999, p, 7)

Considerando que la subjetividad se refiere al sujeto en el discurso estético transfigurado a la construcción de campos enunciativos de significado se puede relacionar con el estado de ánimo que sufre el sujeto, con referencia a su identidad narrativa:

En efecto, sin la ayuda de la narración, el problema de la identidad personal está condenado a una antinomia sin solución: o se presenta un sujeto idéntico a sí mismo en la diversidad de sus estados, o se sostiene, siguiendo a Hume y Nietzsche, que este sujeto idéntico no es más que una ilusión sustancialista, cuya eliminación no muestra más que una diversidad de cogniciones, de emociones, de voliciones. El dilema desaparece si la identidad entendida en el sentido de un mismo (*idem*), se sustituye por la identidad entendida en el sentido de un sí-mismo (*ipse*); la diferencia entre *idem* e *ipse* no es otra que la diferencia entre una identidad substancial o formal y la identidad narrativa (Ricoeur, 1996a: 997-98).

A partir del contexto, el sujeto se convierte en Ser sensible, y hace que el lector sienta la necesidad de percibir sus propias emociones haciendo una transferencia representativa del Yo de la enunciación del texto, sin embargo Greimas y Fontanille (2002) dicen que: “La sensibilización pasional del discurso y su modalización narrativa son concurrentes, no se entienden una sin la otra, sin embargo, son autónomas, probablemente regidas al menos en parte, por lógicas diferentes” (p.19). En otras palabras el Yo enunciante confiesa todas sus circunstancias, alegoriza su vida y lo muestra al mundo desde el fondo de su ser, activa su memoria como mecanismo de transición partiendo de sus recuerdos más significativos, teniendo conciencia y razón el cual lo llevan a un autoreconocimiento, para Foucault, 2001:

(...) el autoreconocimiento resulta ser la clave de una memoria esencial. Y además: la relación entre flexibilidad de Sí sobre sí mismo y el conocimiento de la verdad se establece en forma de la memoria. Uno se conoce para reconocer lo que había conocido (p.423).

Por otra parte el sujeto muestra su lado más sensible, recordando emotivamente su pasado, evocado al sentimiento racionalizado que le permite vivir y apreciar lo vivido:

Por el fondo del barranco y por la escueta ladera del monte empezaron a correr sombras de nubes, y finas gotas de agua cayeron, mojando la cara de Alberto Soria, asomado al ventanillo. Hacia atrás, hacia el mar ya invisible, el paisaje seguía inundado de luz; y en ese espectáculo de lluvia y sol a un tiempo, Alberto vio la imagen fiel de su alma, comparable en aquel segundo a un rostro enigmático y misterioso que de un lado sonriera y del lado opuesto llorase. (Díaz, 1999, p. 10)

Sin embargo, Alberto Soria recurre a su estado de ánimo para expresar lo que aprecia y lo relaciona con su contexto, en otras palabras relaciona sus emociones y lo transforma en una lógica de sentido.

¿Quién es Alberto Soria?

Es un sujeto que sufre cambios de transición, reconstruye una trama dentro del relato al establecer una vinculación entre ser un artista y volver a su vida pasada, pasando por cambios que afectan su estado de ánimo, al mismo tiempo estos acontecimientos lo conllevan a pasar por un proceso de autoreconocimiento el cual viene marcado por una trasfiguración existencial para interpretar y estudiar la racionalización del sentimiento en la construcción de una lógica de sentido, en la que el sujeto se reconoce como un ser sensible por naturaleza, que puede sentir y al mismo tiempo resignificar lo vivido, cabe destacar que con eso él quiere conseguirse asimismo a pesar de las adversidades, y desde allí se parte de la concepción de la construcción de un campo semiótico que permita al lector interpretar de manera racional la existencia identitaria del personaje que se desplaza dentro y fuera del texto, para ello se interpretan las emociones de Alberto:

Cuando Alberto se dispuso a bajar del Calvario hacía tiempo que las rosas del largo crepúsculo de septiembre se deshojaban en el cielo occiduo. Mientras él bajaba, aproximándose a la ciudad,

seguían deshojándose las rosas de luz, ya no solamente en el cielo occiduo, sino en todos los puntos del cielo. Y las rosas deshojadas caían sobre el Ávila, sobre los techos de las casas, sobre las torres de los templos, en las calles de la ciudad, e inflamaban la atmósfera. Alberto veía asombrado el suave incendio fantasmagórico, preguntándose por qué, tiempo atrás, antes de su partida, no observó nunca esas rosas de los crepúsculos de septiembre. Y a esa pregunta, confusamente se respondía que tal vez sus ojos, deshabituados por la ausencia, hechos a contemplar y descubrir muchas bellezas exóticas, habían aprendido a ver mejor la belleza de las cosas familiares. (Díaz, 1999, p, 38-39)

Alberto Soria reconoció tarde el cambio de transición que había dado como artista y estudiante en Europa, pudo contemplar la belleza de las cosas más insignificantes para darle gran sentido e importancia, existe una simbología con los rosales, algo precioso de belleza exótica que él por razones ajenas a su voluntad no había apreciado en su máxima totalidad, cada personaje abordado dentro de la *Novela* tiene una concordancia con el mundo real, sin embargo Alberto no pudo descifrarlo, ya que para él su mundo primordial era el arte y todo aquello que evocaba belleza y gran inspiración, pero esa noción existencial le hacía caer en un estado de nostalgia que ni él mismo sabía que poseía, para Hernández (2015): “la nostalgia no es dolor; es goce como lógica de sentido, reminiscencia de la subjetividad, del espíritu humano enlazado en la facultad de articular textos artísticos que muestren el profundo sentir de un ser social” (p.185).

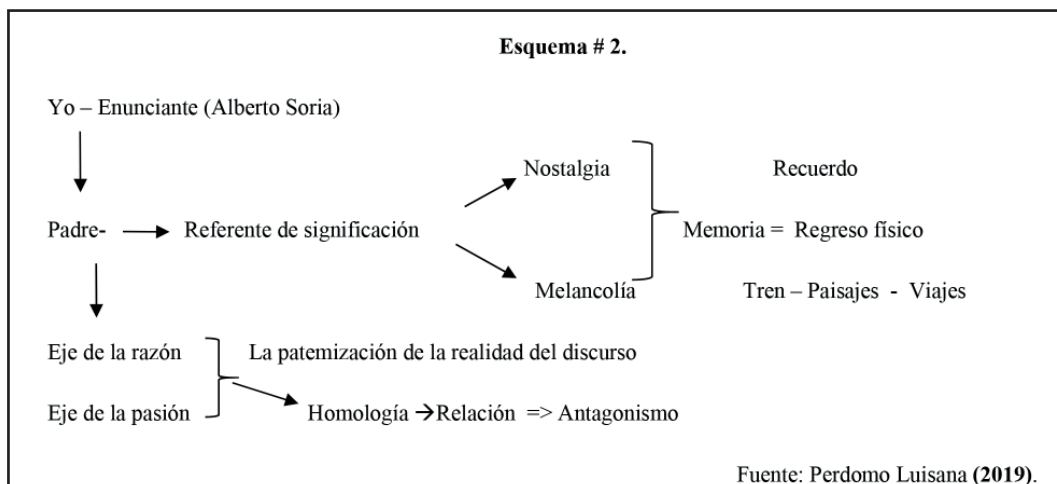
De igual forma, permite analizar un estado transitorio que causa placer donde el cuerpo es un escenario de enunciación a través de la manifestación del discurso escrito, previamente planteado desde un espacio semiótico de la intersubjetividad trascendente en relación a la construcción de sentidos y significados dentro del texto metafórico que alude al autor desde su concepción

autobiográfica que lo convierte en un ser nostálgico por naturaleza:

Sintiéndose iniciado por el Amor en los misterios de la Belleza, en sus amores buscó y halló Alberto el germen de su primera obra de arte. La concepción original de su obra pasó a través de muchas metamorfosis amables antes de hacerse definitiva. Su primera idea fue la de representar, en una o más figuras bellas, el ideal confusamente delineado de un amor futuro, libre y feliz, nacido lejos de toda sospecha, superior a toda liviandad y pequeñez, exento de mancha. De esa idea pasó a otra, que le pareció análoga, si no idéntica en el fondo: la de representar el amor antiguo, sano y alegre. Y así fue, imaginando y cavilando, hasta que del bloque informe de sus imaginaciones confusas brotó la riente figura del Fauno robador de Ninfas. Y el Fauno robador de Ninfas, admitido al ser presentado en el concurso anual de escultura, triunfó de sus concurrentes, de sus muchos rivales de mármol y bronce. (Díaz, 1999, p, 23)

Por otra parte el sujeto puede reconstruir lo vivido mediante un viaje retrospectivo (memoria), puesto que volver a vivir es sentir de nuevo, lo cual posibilita los espacios alternos de significación, por lo que la exaltación del espíritu y el dolor se convierten en una alegorización de la racionalización de los sentimientos pertenecientes a la soledad de Alberto Soria, sin dejar de lado el resaltado de la preeminencia del discurso en dos ejes que coinciden para formar un solo eje discursivo dentro del texto.

Por ende, es importante decir que el sujeto, texto y contexto se encuentren en un escenario sensibilizante, donde el sujeto se construye mediante el discurso y el mismo siempre tiene una intencionalidad utilizando los signos, es por eso que Fabbri (2004) afirma que: para “Peirce la teoría del signo era una semiótica, un estudio de todos los tipos de signos, y no solo una semiología un estudio de los signos a partir del lenguaje verbal y humano” (p.27-28). Y así de esta manera la semiótica estudia los mecanismos existenciales del sujeto y su contexto mediante



el discurso estético, permitiendo así refigurar los recuerdos más significativos de su pasado al pensar en su patria: “no pensaba en realidad sino en la imagen que de ella se había formado durante su austera vida estudiantil, imagen hermo­seada y engrandecida más tarde por los recuerdos y la ausencia” (Díaz, p. 32).

De igual forma se hace una homología de aquellos lugares enunciativos que Alberto recorre desde su regreso a su anhelada patria, a ese lugar de referencialidad que siempre añoró volver a ver cambiado con nuevas culturas, pero que él sabía desde su interioridad que algo le afectaría al querer cambiar su entorno dado las circunstancias en las que había regresado y dejado todo aquel mundo de arte que le marco su vida por completo:

Era el recuerdo de un adiós todo beso y lágrimas. Era la visión de un cuerpo de mujer, lleno de temblores, enlazado a su cuerpo; la visión de un rostro de mujer inclinado sobre su rostro; la visión de unos ojos rebosantes de lágrimas, inclinados sobre sus ojos, húmedos de llorar; la visión de unos labios tendidos hacia sus labios en demanda del último beso; la visión radiante de una hermosa cabellera rubia, llamarada de sol cuajada en finísimas hebras áureas, caída, durante los espasmos del dolor, en cascadas de trenzas y lluvia de rizados alrededor de dos frentes, hasta vestir de suave seda y perfume las mejillas de dos rostros, hasta

ocultar a la vez dos cabezas, cubriéndolas y amparándolas con toda su magia de luz y de oro, como una tienda real, perfumada y rica, protectora del amor de dos novios augustos. (Díaz, 1999, p. 12)

En *Ídolos Rotos* los elementos simbólicos deben estar presentes para desencadenar una red intersubjetiva de significación, partiendo así del primer momento configurado desde un cuerpo sensible que sobrepasa la trascendencia de un espacio (Viaje) como principal detonante de la memoria, y a su vez, se relaciona un segundo momento que parte de la añoranza, como espejismo que permite regresar al mundo interior para sentir placer y euforia por recordar lo vivido:

En medio a grandiosos proyectos de nuevas esculturas lo sorprendió el aviso de la enfermedad súbita del padre, y ante el angustioso llamamiento de los hermanos apercibióse á la partida. Sin gran tristeza dejó tras de sí una obra no acabada, muchas esperanzas, muchos sueños de artista y el amor y los labios de Julieta. Le seducía la idea de volver a la patria. Y al pensar en la patria, no pensaba en realidad sino en la imagen que de ella se había formado durante su austera vida estudiantil, imagen hermo­seada y engrandecida más tarde por los recuerdos y la ausencia. (Díaz, 1999, p. 24-25)

En otras palabras Alberto Soria se muestra en éste párrafo un sujeto cargado de mucha subjetividad, además configura la

nostalgia y al mismo tiempo, es allí donde el sujeto se reconoce y se muestra un ser sensible (sujeto perceptivo de transcendencia) desde la concepción de que “La melancolía, al igual que la nostalgia, pertenece a un código de la subjetividad que de cierta manera es indescifrable para las ciencias médicas, por consiguiente, requiere de una semiótica hermenéutica del sujeto y la sensibilidad que logre metodizar ese abstracto campo semiótico” (Hernández, 2013, p.31)

El sujeto reconoce la razón y la desplaza por el orden paternal, convirtiéndola así en un espacio de transferencia llamado subjetivema, donde el sujeto enunciante viaja a través de la memoria por medio de la nostalgia, para vivir el placer de recordar sus alegorizaciones provenientes del alma donde los espacios enunciativos están presentes y resignifican su mundo primordial:

Sin embargo, el aplauso mejor, el que debía coronar el triunfo del artista, ese no llegó al alma de Soria, sino destilando amargura. La carta que recibió entonces de su padre, esperada con ansiedad muy viva, rebosaba en cariñosas palabras y ternezas. Pero Alberto creyó leer entre líneas algo que era a la vez protesta y súplica, y vislumbró a través de la prosa amable el gesto de un reproche. Eso lo mantuvo desconsolado y melancólico por algunos días, hasta que el tumulto de la vida parisiense y la continua sugestión poderosa del ambiente artístico le devolvieron al trabajo y al arte. . (Díaz, 1999, p, 24)

Dentro de los argumentos exhibidos existen circunstancialidades donde los recuerdos son el espacio de la llegada y la reconciliación con el dolor que embarga la vida del sujeto que sufre un proceso evocado de nostalgia con brotes de melancolía que transporta la figura del cuerpo femenino a un lugar existencial y en algunas ocasiones el cuerpo es la materia mientras que el espíritu es lo sensible y el alma es la sustancia que convierte el sujeto y le permite almacenar en su memoria aquellos momentos que interrumpen las imágenes transitivas

de significación que enuncian haciendo inversión dentro de la causalidad del umbral de la soledad que evoca el placer de recordar lo vívido:

¡Rosa! ¡Rosa Amelia! ¡Hermanita!
-Desde hace quince días yo no pensaba en otra cosa... No pensaba sino en tu vuelta. << Alberto va a venir>>, me decía. Y también me decía: << Alberto será conmigo como era antes, y yo seré con él como era antes>>. En esos pensamientos encontraba alivio. Y desde que estas acá me siento lleno de confianza, y creo que vendrán para mí días mejores. Sí, sí, Rosa. Sí, hermanita. Vendrán días mejores. Te lo aseguro. Te lo prometo. Y Alberto no dijo ni una palabra más, conmovido y embargado de sorpresa ante aquel doloroso fragmento de confesión, ante el imprevisto estallar de aquella pena contenida, amarga y profunda. De nuevo paso el brazo por sobre los hombros de la hermana, y al atraerla así, la sintió brazo su abrazo estremecerse. La vio y al verla, sin saber por qué, pensó en la madre muerta y evoco a la imagen de la madre, tal cual como la guardaba en sus borrosos recuerdos de niño. Eran las mismas facciones no muy bellas, pero agradables, finas, tal vez demasiado menudas. Los mismos ojos negros, la misma boca, y la misma expresión y casi igual frescura infantil por toda la cara. Pero el rostro de la madre no estaba como el de Rosa coronado de una cabellera oscura, sino de cabellos blancos precozmente blancos, tantos, que sobre lo fresquísimos de las mejillas, lucían como nieve sobre flores. (Díaz, 1999, p, 30-31).

De acuerdo con lo antes mencionado, Alberto Soria hace un viaje a su mundo primordial, a su lugar de origen, donde la nostalgia embarga su alma como un sentimiento luctuoso que sobrepasa esa ausencia por la pérdida de su madre muerta y la ve refigurada en su hermana Rosa Amelia, por eso su estado emocional asume el sujeto los aspectos más significativos del Ser, refigura los espacios enunciativos y canaliza cada

momento como una transición del tiempo-espacio, donde los elementos se entrecruzan para hacer una alegorización partiendo de la realidad subjetiva, por otro lado la nostalgia que refleja la parte más sensible del sujeto, y aunando a eso es la significación por la pérdida paterna que sobrepasa los estallidos del corazón de Alberto al perder a su padre:

— ¡Rosa! ¡Rosal Pero Alberto no oía ni su propia voz: el grito de la hermana le llenaba los oídos, rompiéndolos, dislacerándolos. Al fin los brazos que, como tenazas crueles, le oprimían, cedieron, y el mismo grito vaciló, se quebró, deshaciéndose en sollozos y lágrimas: — ¡Muerto! Muerto, sin que ninguno de nosotros estuviera al lado de él. — ¿Muerto? ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Pero no era un acceso? ¿No será un síncope, Rosa? Y Alberto corrió a la cama donde su padre yacía, el rostro a la pared, ojos y labios entreabiertos, uno de los brazos fuere de la cama, péndulo y rígido, y en el extremo del brazo la mano durísima y cerrada, como si la hubiera sorprendido la rigidez en un supremo esfuerzo de lucha. En los labios, en los ojos, en todas las facciones quedaba la expresión de la angustia asfíxica, evidente precursora del trance final, pero ya muy atenuada, muy débil, hasta poderse confundir con la expresión de una melancolía dulce. La muerte había templado la violencia y dulcificado la amargura con la suavidad irresistible de sus manos piadosas. Pero si en el rostro se adivinaban apenas, la acerbidad y la aspereza del último combate persistían en el extremo del brazo péndulo y en aquella mano dura, cerrada, tendida fuera del lecho, en el aire, como desafiando con su actitud amenazadora a un enemigo invisible. Alberto cogió esa mano, fría como hielo, entre las suyas: trató de abrirla, venciendo la flexión de los dedos, y después de varias tentativas inútiles, decidió ocultarla entre las ropas del lecho, forcejeando sin brusquedad por extender el brazo rígido a lo largo del cuerpo exánime. Luego, enderezó la cabeza del cadáver, vuelta hacia el muro. Enderezada ya, la besó en la frente y se aprestó a cerrarle ojos y labios. La mandíbula, reacia, resistió; y los labios quedaron entreabiertos. No pudo cerrar sino un ojo: los párpados del otro no

podían ya obedecer al acto benigno de los dedos filiales. En los labios, y sobre todo en la fijeza de aquel ojo sin luz, Alberto leyó repentinamente un reproche. Acababa de recordar una de las frases crueles que su padre le había dicho tiempo atrás paseándose por aquella misma alcoba, airado y triste: « ¿Sabes? Voy a morirme de mengua en mi propia casa.» Y estuvo a punto de romper en llanto sobre el padre muerto... Pero su emoción fue a la vez profunda y fugitiva. (Díaz, 1999, p 148-149,)

Algo semejante ocurre con la vinculación de los signos que son aleatorios y que se traspan a contextos fuera de la realidad, sin embargo Alberto Soria es un sujeto que padece en silencio, evoca a sus recuerdos, a su cultura como desarraigo de la inconformidad, de cierto modo pudiera decirse que es insensible pero esa es una máscara de desdoblamiento para ocultar sus emociones, no obstante entra en una controversia cuando entra a la habitación y encuentra a su padre muerto, lo invaden miles de sentimientos, trata de hacerse el duro usando un caparazón ya que el amor lo ponía en paz con las almas pero cierta emoción por el arte y la libertad era una tortura, él estaba en la búsqueda constante de la satisfacción pero vagamente la conseguía, él realmente era una alma que estaba en un vacío sin encontrar agravantes, vivía el momento y sus estados transitorios le permitían escalar, innovar y al mismo tiempo experimentar, cabe mencionar que Alberto Soria era un sujeto sensible sin salirse del contexto, padecía la espantosa realidad que lo quebraba por no hacer nada por su país, por no expresarse:

El supremo deber de un artista es poner a salvo su ideal de belleza. Y yo nunca, nunca realizare mi ideal en mi país. Nunca, nunca poder vivir mi ideal en mi patria. ¡Mi país! ¿Acaso es ésta mi patria? ¿Acaso es éste mi país? (Díaz, 1999, p 214,)

En consecuencia es necesario indagar la vinculación existente dentro del discurso literario para establecer representaciones para demostrar una conducta existencial mediante

signos de representación característicos de un discurso narrativo libremente expresado, en otras palabras como podría ser capaz Alberto Soria de llegar a tan clara deducción, a tener esas preguntas sin respuestas, a sentirse confundido y embargado por sus recuerdos, por esa exaltación que invadía su alma de rabia y dolor, esas sensaciones que lo abrazaban y lo convertían en un sujeto de la afectividad trascendente a través del arte para así tener continuidad de su propia identidad narrativa y discursiva al mismo tiempo, alterando su mundo primordial y dándole permanencia con el pasar del tiempo.

Referencias bibliográficas:

- Díaz, Manuel (1999) *Ídolos Rotos*. Caracas-Eduven
- Fabbri, Paolo. (2004). *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, Michael (2001). *La hermenéutica del sujeto*. Barcelona.
- Greimas, A. J., & Fontanille, J. (2002). *Semiótica de las pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo*. Edición Paris.
- Hernández Carmona, Luis Javier (2013) *Hermenéutica y semiosis en la red intersubjetiva de la nostalgia*. Mérida: Universidad de los Andes.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y Narración III*. (1985) México-Madrid, Siglo XXI Editores, 1996a.
- Toro, Rosario (2011) *La vida como discurso*. Revista Cifra Nueva nº 24